



Más masters da la vida

La periodista y escritora Maruja Torres se ha acercado en varias ocasiones al mundo gitano, tanto en artículos de opinión, novelas (como el personaje de Diego en *Un calor tan cercano*), prólogos de libros como el de *Relatos de gitanas*, publicado recientemente por Popular... Muchos todavía recordarán el reportaje aparecido en *Cambio16* cuyos entresijos ha revelado ahora la autora en su último libro, una autobiografía profesional que lleva por título *Mujer en guerra: más masters da la vida*.

En la primavera de 1986 se planteó en la reunión de temas realizar un reportaje sobre la problemática gitana. Estallaban conflictos por todas partes y se producía, además, la cristalización del fenómeno de la droga, que irrumpía en los asentamientos atacando a los miembros más jóvenes de las familias y desestructurando los clanes. Sus vecinos payos protestaban, se les enfrentaban con violencia. Pedro J. Ramírez [...] propuso en una reunión que yo hiciera un reportaje. Le dije que la única forma de salirse del tópico era realizarlo desde dentro. "¿Qué quieres decir?", "Hacerme pasar por gitana". Se mostró escéptico, pero me permitió probar. Sin duda pensó, como muchos otros, que me pondría una bata de cola y una peineta y saldría a la calle con los brazos en jarras. Nada más lejos de mi intención.

Aquel fin de semana recorrí El Rastro, en busca de la vestimenta adecuada. Yo vivía entonces cerca, en Latina, y veía a diario a las gitanas que vendían flores, medias, ajos.

El lunes siguiente, me presenté en la Redacción, y el guardia de seguridad no quería dejarme pasar. Primera lección: nadie te mira cuando eres gitano; te conviertes en un bulto sospechoso. Tuve que retrasar un par de días el inicio del reportaje, porque en el último momento me di cuenta de que ninguna gitana lleva gafas. Corrí a pedirle ayuda a Aida, mi amiga de *Optica 2000*: encargó unas lentillas de urgencia, que me coloqué sin pasar por el periodo de pruebas. En pleno reportaje, mientras viví en la Villa Julieta, en Zaragoza, en casa de una comadre que sabía lo que yo estaba preparando, mi mayor dificultad consistió en mantener las lentillas limpias y ocultas; su descubrimiento por parte del padre de familia habría desbaratado mis planes. Había otra complicación, que surgió sobre la marcha. Y era que una gitana que iba sola por el mundo, sin la compañía de otra mujer, de niños o de parientes, les parecía a todos una grandísima puta. Tuve que acostumbrarme a la falta de respeto de aquellos que no conocían mis intenciones. Por suerte, conté con la complicidad de gitanos amigos que me ayudaron a urdir la trama (me hice pasar por medio gitana, con una madre paya de Barcelona, para hacer más creíble mi interpretación), y que fueron mi refugio durante aquellos días.

La experiencia duró un mes y se desarrolló en dos planos. Por una parte, trataba de vivir como gitana entre gitanos. Por otra, deambulaba como tal en el mundo de los payos, haciendo cosas normales: entrar en una perfumería a comprar una crema, caminar. Simplemente caminar. No me miraban, no me veían. Había desaparecido. La experiencia más traumatizante, con todo, fue pedir. Vendí medias, vendí ajos: eso tenía dignidad. Pedir limosna era entrar en otra dimensión. No soportaba la vergüenza. Me

veo a la puerta de la basílica del Pilar, gimo *dame argo, dame argo* y sé que quiero morir. Ahí, con la mano extendida, comprendo por primera vez la diferencia.

Había momentos hilarantes, también. Un día, durante un paseo por la Gran Vía madrileña, entré en La Casa del Libro. Expresión asombrada de los dependientes. Uno de ellos se me coloca detrás, controlando mis movimientos. Desconcertado: una gitana, robando, vale. Pero, ¿robando libros? Por fin me vuelvo hacia él, y con el mejor acento posible, inquiero:

- Por favor, ¿tiene la última edición del *Oxford Advanced Learner's Dictionary of Current English*, de A. S. Hornby?

Lo compro. Pago en efectivo y salgo. Muchos años después, durante una firma de mi novela *Un calor tan cercano* en La Casa del Libro, le conté la anécdota, que no utilicé en el reportaje (sólo le convenía a mi autoestima) a la encargada. Casi le dio un síncope.

Cuando terminé mi misión (habría podido no terminar jamás, pero eso pasa siempre: hay que saber detenerse), regresé a la Redacción y me encontré con que me pedían que obviara los, para mí, aspectos más interesantes de la experiencia: la insalvable dimensión del abismo que separa a payos y gitanos; el racismo que estos últimos también ejercen contra nosotros; el sometimiento de sus mujeres. Querían un derrame sentimental en dos partes, y lo escribí. Sin dejar de pensar que, de haber realizado el reportaje para *El País*, me habrían exigido que fuera más rigurosa.

Maruja Torres.

Mujer en guerra: Más masters da la vida.
Madrid: El País-Aguilar, 1999, pp. 182-185.